

Andrés Rivera Hernández

La carta errante



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Rivera Hernández, Andrés, 1962-, autor

La carta errante / Andrés Rivera Hernández. -- Primera edición. --
Bogotá : Taller de Edición Rocca, 2025.

146 páginas. -- (Ex-Libris. Narrativa)

ISBN 978-628-96605-4-8

1. Rivera Hernández, Andrés, 1962- - Relaciones con mujeres -
Relatos personales 2. Rivera Hernández, Andrés, 1962- - Familia -
Relatos personales 3. Autores colombianos - Siglos XX-XXI -
Relatos personales 4. Médicos - Colombia - Siglos XX-XXI -
Relatos personales

CDD: 928.61 ed. 23

CO-BoBN- 00415

© Andrés Rivera Hernández

andrivher@hotmail.com

© Taller de Edición Rocca®

Primera edición, sello Ex-libris, Taller de Edición Rocca®
enero de 2025 Bogotá D. C., Colombia

ISBN: 978-628-96605-4-8

Edición y producción editorial: Taller de Edición Rocca® / Sello Ex Libris

Carrera 4A No. 26A-91, oficina 203

Teléfono: (+57) 601 755 1996

correotallerdeedicionrocca@gmail.com

www.tallerdeedicion.com

Bogotá D. C., Colombia

Coordinación editorial: Camila Rocca Toro

Diseño y diagramación: Juan Pablo Rocca Barrenechea

Imagen de cubierta: *The Birthday* (fragmento), Marc Chagall, pintura al óleo sobre cartón,
1915. Wikipedia, <https://goo.su/ijHcF>

Fotografía de solapa: © Ana Piñeros

Impresión y acabados:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en su todo o en sus partes, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico o fotoquímico, electrónico magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor y del editor, Taller de Edición Rocca®.

IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA • PRINTED AND MADE IN COLOMBIA

LA CARTA
ERRANTE



Para ti, Ana.

*A la carta errante
que nos reencontró.*

*A mi niño interior
que todo lo sabe,
así lo calle.*

*A mi adolescente eterno
y a mi bicho raro,
por su irreverencia.*

*A mi propio juez,
le pido callar para poder ser yo.*

1

CON VERA LLEVÁBAMOS apenas un par de meses saliendo. La noción del tiempo no estaba marcada por los punteros del reloj y nada se interponía entre los dos. Aprovechábamos el mundo servido en bandeja en nuestras narices para devorarlo. Éramos testigos de una carta errante que nos había reencontrado diez años después de yo habérsela escrito, el tiempo necesario del destino para hilvanar los hilos del misterio, la magia y el milagro.

Vera llevaba dos años como paciente mía antes de enviársela. Ella buscaba sanarse y yo ponía lo mejor de mí. Hacía mi tarea a conciencia, concentrado y atento al límite ético entre médico y paciente, sin imaginar que el deseo por ella llegase a ser tan fuerte como para trasgredir mi juramento hipocrático.

Escribirle la carta fue todo un disparate, la insolencia de un hombre dieciséis años mayor, divorciado y padre de dos hijos, toreado en muchas plazas, escéptico del matrimonio y del amor a largo plazo. Se la escribí sin importar la diferencia de edades ni los momentos de vida de cada uno.

Vera era la menor de dos hermanas, sus padres se habían separado siendo pequeña y su madre se había casado por segunda vez. Había estudiado Antropología desafiando la voluntad de su madre quien juzgaba aquella carrera como incierta, diferente a la abogacía, oficio que hubiese preferido para su hija. Motivada por el altruismo, Vera trabajaba en una ONG en proyectos sociales acompañando a poblaciones vulnerables. Contra el pronóstico materno su

vida profesional era estable, devengaba un buen salario y se mostraba satisfecha.

A pesar de llevar una buena vida, Vera vivía con ansiedad. Para ella el inicio de la semana laboral era todo un calvario. El sólo imaginarlo le daba náuseas y le cambiaba el ánimo. La víspera dormía mal y despertaba sudorosa y con un nudo en el estómago. En las épocas de mucho estrés se le inflamaban las arteriolas de las piernas, entonces debía guardar reposo y faltar al trabajo.

Desde el instante mismo en que Vera traspasó la puerta del consultorio médico por primera vez su presencia me cautivó. La escuché con atención sin dejar de detallarla de reojo, matizando cualquier seña de mi parte para no parecer imprudente. Contemplé sus rizos dorados, su nariz recta, su frente despejada, el verde de sus ojos, su cuerpo esbelto, el refinamiento de sus gestos, sus labios retocados con un brillo ligero. Vestía con sencillez y estaba adornada con accesorios sutiles. Sus modales eran delicados y su voz suave, permeada por una sensibilidad evidente. La escuché en silencio y su sinceridad me conmovió. Dejé que su llanto fluyese sin constreñirla ni juzgarla. En algún momento dije algo para consolarla, ella se sonrojó, sonrió tímidamente y agachó la cabeza. Siendo un apasionado de Botticelli, Vera me recordó a Simonetta Vespucci en *El nacimiento de Venus*.

Luego la hice pasar a la sala de examen y me ocupé de balancear la energía de sus chakras. Para ello coloqué poliedros, filtros e imanes sobre su frente, su pecho, la palma de sus manos y su plexo solar. Le cubrí los ojos con una almohadilla, rellena de lavanda y otras plantas, la arropé, le puse música relajante y la dejé el tiempo necesario.

2

NO RECUERDO HABER EXPERIMENTADO una revelación que me impulsase a escribir. Si me devuelvo en el tiempo, sí recuerdo haber recibido una felicitación de mi profesora de español por un poema mío. Yo tendría unos catorce años en ese entonces. Si cierro los ojos recuerdo su nota con un chulo de aprobación escrita con tinta roja en el borde superior izquierdo de la hoja; resaltaba mi talento y me invitaba a aprovecharlo.

Mi primera novela fue *Bernardo del Viento*. Yo trabajaba como médico rural en un hospital departamental ubicado a sesenta y seis kilómetros al oriente de la capital. El detonante para escribir fue la muerte de un recién nacido atendido por mí estando de guardia. El neonato alcanzó a insuflar instantes de vida a sus pulmones antes de que su corazón colapsara. Ha sido la primera y la única vez en que he encarado la muerte en el momento de vida más tierno posible. Lloré de manera desconsolada, roto por dentro. Sabía que al día siguiente enfrentaría a un padre rabioso y a una madre devastada. Entendí también que sería parte de mi labor generar una costra para no sufrir.

«Toda primera novela es autobiográfica», si mal no recuerdo lo dijo James Joyce y yo no era la excepción. La historia de *Bernardo del Viento* empieza y termina con la muerte del recién nacido. Escribí el libro en la década de los ochenta cuando los procesadores de texto estaban en ciernes. Yo tecleaba con frenesí mi prosa en una máquina Brother, repetía las cuartillas una y otra vez y podía hacer

correcciones menores con unas tirillas marca Ónix retiniendo de blanco el error. Trabajaba como un poseso en las noches y durante los fines de semana. Nunca imaginé que escribir sería otro oficio, además de la Medicina.

Fernanda inspiró a uno de los personajes. Ella cursaba Medicina dos semestres atrás mío, y al verla por primera vez sentí una atracción diferente a la que por lo general entra por los ojos. Ocurrió a otro nivel, sin desconocer su figura esbelta y atractiva, su rostro armonioso y agraciado, su dentadura alineada, la palidez de su piel, y el cabello negro y liso que le cubría las escápulas. Lo que más me atrajo, sin duda alguna, fue el halo enigmático que la envolvía.

Yo adivinaba la presencia de Fernanda de diversas maneras y mi bola de cristal rara vez fallaba, superando sin duda las probabilidades del mero azar. Sucedió cuando yo estudiaba en las mesas del segundo piso de la biblioteca cuyos ventanales daban al interior del campus, entonces una corazonada me hacía desviar la mirada justo cuando atravesaba el corredor empedrado para subir las escalinatas camino al parqueadero. También podía saber a ciencia cierta si estaría en la cafetería de la facultad o si nos cruzaríamos en las aulas de clase. Anticipar su presencia aceleraba mi corazón, empapaba la palma de mis manos y hacía que mis piernas flaquearan.

Carlos, compañero suyo de semestre nos presentó. Lo hizo de manera casual, sin calcular los alcances de su cortesía. Antes de conocerla yo ya había imaginado su vida. Fernanda desayunaría huevo frito con arepa y chocolate. Antes de irse a dormir se miraría al espejo y le costaría reconocer su belleza en la imagen reflejada. Tendría una torre de libros y otra de música, apilados sobre su mesita de noche; estarían Sábato, Hermann Hesse, Benedetti, García Márquez. Escucharía hasta el cansancio casetes de Serrat, Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y pondría a Cat Stevens a todo volumen en momentos de melancolía. Daba por

descontado que Fernanda hacía parte de mi vida y me endiosaba a través suyo moldeando mi idea sobre ella a mis propias necesidades.

Al toparla de frente en el torreón de Medicina, en medio de un montón de compañeros entrando o saliendo, nos saludábamos de beso. Al no ponernos de acuerdo nuestras narices chocaban. Cuando aquello sucedía el rubor cubría nuestros rostros. Entonces bajábamos la mirada y continuábamos la marcha, fingiendo ignorar la ley de los polos opuestos.

La dificultad de entablar una conversación con Fernanda era abismal. Para sobrellevar la frustración la imaginaba reflejada en el espejo del baño y le hablaba para practicar. Enderezaba mi cabeza, corregía la postura encorvada de mi cuerpo y la miraba directo a los ojos, esforzándome por no bajarlos. Ensayaba una y otra vez a pesar de lo ridículo de la situación.

Indagué con Carlos detalles de su vida para conocer sus gustos y buscar afinidades. Fue cuando Fernanda me dejó una nota en el parabrisas del Volkswagen en la que me saludaba y ponía por escrito, de forma casual e íntima, aquello que callábamos: me compartió el título de alguna canción preferida por ella, sugirió una película de culto para verla juntos, alguna reflexión existencial: «No sé cuántas vidas he vivido ni en cuántas de ellas nos hemos ya cruzado», me decía. Reléí sus palabras una y otra vez, analicé la ortografía y la sintaxis. Me gustó el trazado y la cursiva de las letras. Mi imaginación voló; lo escrito por ella, en apariencia simple, constituía para mí la prueba reina de la atracción que nos sobrepasaba.

Cuando conocí a Fernanda yo tenía novia. Se llamaba Susana, la había conocido en Coveñas en unas vacaciones de fin de año y resultó que éramos vecinos de barrio; años después se convertiría en mi primera esposa. Con ella existían días y horarios de visita. Era la menor de nueve hijos

y su madre se asomaba cada tanto por las barandillas de madera del segundo piso para salvaguardar la virginidad de su hija.

Al conocer a Fernanda mi relación con Susana se volvió insostenible. Yo andaba ensimismado, el afán y la intención de mis caricias no eran las mismas, evitaba su mirada, me distraía fácilmente y cambiaba continuamente de tema. Ella notó mi rareza y me confrontó. Le di la razón, le confesé mi deseo por otra mujer y en medio del llanto convinimos terminar.

Con el camino despejado invité a Fernanda a mi casa y nos acomodamos en la salita del estudio en donde había privacidad. Empezábamos las frases al mismo tiempo y en lugar de reír callábamos, tímidos e impotentes, con las palabras atragantadas. El *tictac* del reloj de pared parecía congelado y los silencios eran eternos. Tenerla cerca quemaba, era una tortura. Mi deseo por ella parecía distanciar en lugar de acercar.

Fui varias veces al apartamento que compartía con una paisana de Valledupar. En la intimidad de su habitación las caricias eran forzadas y torpes. Yo tenía la sensación de tocar un cuerpo desposeído y la confusión era total, sin la posibilidad de dar con las palabras necesarias para aclararlo. El vacío de los encuentros lo compensaban las notas cálidas y graciosas dejadas por ella en el parabrisas del Volkswagen.

Con el paso de los días, al pensar en Fernanda sentía una opresión en el estómago. Dormía mal, me revolcaba toda la noche en la cama y sentía el corazón a mil. En el día andaba desganado e irritable. Mi rendimiento académico bajó y me adelgacé. El clamor de mis vísceras de salir corriendo, así no existiese motivo para ello pues nada malo había sucedido entre los dos, se enfrentaban con mi deseo por ella. No resistí más, lo hablamos y dejamos de vernos.

Me sentí cobarde. No le vi mérito a mi retirada y regresé, con el rabo entre las patas, con Susana, quien me recibió luego de mil explicaciones y promesas. «El haber estado con otra persona afianza aún más mis sentimientos por ti», le aseguré.

Meses después Fernanda se cuadró con Carlos. En *Bernardo del Viento* invento que llevan una relación conflictiva y explosiva, alimentada por el amor y el odio, una mezcla perfecta para obrar como la pólvora dentro de la vaina de un proyectil. Escribo que Carlos rompe con ella, sufre una depresión y es internado en una clínica. Al darle de alta retoman la relación, sordos ante los ruegos de la madre de Carlos quien ve con malos ojos la presencia de aquella joven en la vida de su hijo. Al final de la historia, convencidos de que el vínculo entre ellos es la muerte misma, deciden terminar con sus vidas.

Aquello que inventé fue todo lo contrario a lo presenciado por mí en la universidad; me los encontraba tomados de la mano, bromeaban entre sí y a todo momento se mostraban risueños y enamorados. Me sentía contento y envidioso al mismo tiempo. Sin quererlo yo había sido el puente para acercarlos y mi sueño lo vivía Carlos. «La vida y su sabiduría; el que estén juntos confirma que Carlos y yo nos parecemos», concluía como consuelo. Durante meses cuestioné mi cobardía. ¿Qué hubiese pasado de no haber huido? ¿Qué hubiese aprendido al lado de Fernanda? ¿Acaso había dejado pasar el amor de mi vida?

Me reencontré con Carlos años después. Para entonces él había terminado su relación con Fernanda y cursaba su último año de especialización en neurología. Entablamos una amistad entrañable. Con él nos unían varias circunstancias; éramos egresados del mismo colegio, compartíamos el mismo contexto social, ambos habíamos prestado el servicio militar obligatorio con un año de diferencia, teníamos los mismos gustos musicales y literarios y nos

identificábamos con posturas filosóficas y existenciales similares. Como médicos pasábamos horas discutiendo los vacíos de la práctica médica y éramos críticos acérrimos de una formación académica que nos parecía deshumanizada, toda una paradoja, plagada la facultad de vacas sagradas atornilladas a sus tronos de docentes, investidos de una autoridad de mariscales.

Como parte de las historias que nos unían le compartí a Carlos el borrador de *Bernardo del Viento*. Él quedó impresionado con lo inventado por mí alrededor de su relación con Fernanda. Al evocarla nos invadió un estado de ánimo difícil de explicar. Sin saberlo, ambos habíamos experimentado vivencias muy parecidas; el vacío al abrazarla, el tiempo fracturado a su lado, su cualidad inaprehensible. Me confesó haber sufrido una depresión estando con ella, tal y como yo lo había descrito en el libro.

«Me hablo de vez en cuando con Fernanda. Está muy enamorada y se va a casar, se ve radiante e ilusionada con la boda», me compartió Carlos. Su futuro esposo era un compañero suyo de promoción, yo lo recordaba y me parecía un tipo alegre, buenmozo e inteligente. La noticia me alegró, ella se merecía un hombre capaz de conectar con su esencia.

No pasó mucho tiempo cuando escuché en el noticiero que Arturo, su futuro esposo, había sido asesinado en un retén militar en hechos confusos. Todo apuntaba a una muerte vil donde el poder castrense y la sevicia parecían ser los protagonistas. La noticia tuvo bastante eco y fue un hecho absurdo. Como suele suceder, la justicia prometió proceder con diligencia diluyéndose el proceso en los diferentes juzgados por los cuales migró hasta que el caso proscribió.

Fernanda ya había perdido a su padre y a un hermano, a quien adoraba, en un accidente de motocicleta. Lo supe como suele pasar cuando se conocen las historias de quienes